

- sa más seductora; ¡se veía brillar en sus ojos el orgullo del triunfo! A propósito, ¿has reparado en el barón de Geler?
- CAR. No, señor.
- FAL. ¿Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecía todavía más satisfecho de esta predilección que de su nueva dignidad de ministro; porque le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que á fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.
- CAR. No son muchos capaces de hacer otro tanto.
- FAL. Sí; ¡siempre le ha gustado singularizarse! así es que no le hemos guardado por eso ningún rencor. Que se retire, que haga sitio á otros; ha concluido, y la corte, que teme su talento, se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor.
- CAR. A quien no teme.
- FAL. ¡Precisamente! ¡á un caballero amable y galante como mi yerno!
- CAR. ¡Vuestro yerno!
- FAL. (*Con severidad y mirando á Carolina.*) Sin duda.
- CAR. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del barón.
- FAL. ¿Y por qué no ahora mismo?
- CAR. Es tarde, la noche está muy adelantada; y además no estoy enteramente restablecida de la conmoción que he experimentado.
- FAL. Pero, ¿cuál ha sido la causa de esa conmoción?
- CAR. ¡Ah! eso sí puedo decíroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes no podía creer que á algunos pasos de allí seres desgraciados gemían acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mío; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguía por todas partes. Cuando el marqués de Ostén se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oído, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecía estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: «Es tiempo perdido, señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traición; no lo olvidéis.» El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: «No lo olvidaré, excelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasión de recordároslo.»
- FAL. ¡Qué insolencia!
- CAR. Este incidente había reunido algunas personas á nuestro alrededor y oí confusamente estas palabras: «El ministro tiene razón: es preciso hacer un ejemplar.» «Sí, —decían otros,— ¡pero condenarle á muerte!...» ¡Condenarle! al oír esta palabra, un frío mortal se difundió por mis venas, se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.
- FAL. Felizmente estaba yo cerca de tí.
- CAR. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero, ¿qué queréis? Encerrada hoy todo el día en mi cuarto, á nadie había visto ni preguntado... Hay un nombre que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia, pero... ¿no es verdad que él no tiene por qué temer?
- FAL. Seguramente... que no... tranquilízate.
- CAR. Eso he dicho yo... es imposible... por otra parte, le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, y vuestra influencia misma, padre mío...
- FAL. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida mía, hablaremos de eso. Me retiro, te dejo.
- CAR. ¿Volvéis al baile?
- FAL. No: he dejado en él á Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuerdo; voy á mi despacho á trabajar. ¡Hola! (*Jorge aparece en el fondo, y otro criado que toma una bujía.*) Vamos, hija mía, valor, ánimo. Buenas noches, buenas noches. (*Sale seguido de un criado.*)

ESCENA II

CAROLINA, JORGE

- CAR. ¡Respiro! me había asustado sin razón; se trataría de otro sin duda. ¡Ah! se me figuraba que todos deben estar como yo, y no pensar más que en él.
- JOR. Señorita...
- CAR. ¿Qué hay, Jorge?
- JOR. Hace gran rato que está ahí esperando una mujer que da lástima por cierto. Dice que, aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.
- CAR. ¿A mí?

- JOR. Me ha suplicado que os pase el recado.
 CAR. ¡Que entre! aunque estoy muy cansada, la recibiré.
 JOR. (*Que ha ido á buscar á Marta.*) Aquí tiene usted, buena señora... aquí está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III

MARTA Y CAROLINA

- MAR. Mil perdones, señorita, por atreverme á estas horas...
 CAR. Señora Burkenstaf... (*Corriendo á ella y cogiéndole las manos.*) ¡Ah, cuánto me alegro de haberos recibido!... ¡qué dichosa soy cuando os veo! (*Con alegría y ternura.*) ¡Es su madre! (*Alto.*) ¿Venís á hablarme de Eduardo?
 MAR. ¡Ah! señorita, en medio de mi desesperación, ¿puedo hablar por ventura de otra cosa que de mi hijo... de mi pobre hijo? vengo de verle.
 CAR. (*Con viveza.*) ¿Le habéis visto?
 MAR. (*Llorando.*) Vengo de abrazarle, señorita... ¡por la última vez!
 CAR. ¿Qué decís?
 MAR. Le han notificado esta tarde su sentencia.
 CAR. ¿Qué sentencia? ¿qué quiere decir eso?
 MAR. (*Con alegría.*) ¿Lo ignorabais, señora? ¡Ah! ¡tanto mejor! de otra suerte no hubierais estado en ese baile, ¿no es verdad? Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habríais podido divertirlos cuando el que tanto os ha querido está condenado á muerte...
 CAR. (*Dando un grito.*) ¡Ah! (*Con delirio.*) ¡Con que decían la verdad! hablaban de él... y mi padre me ha engañado. (*A Marta.*) ¡Le han condenado!
 MAR. Sí, señorita. Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. ¿Podéis concebirlo, señora? ¡y es madre sin embargo! ¡tiene un hijo!
 CAR. Serenaos, señora; yo tengo alguna esperanza todavía.
 MAR. Yo pongo en vos todas las mías. Mi marido tiene proyectos que no quiere explicarme; no debiera deciros... pero vos no me venderéis; entretanto no se atreve á presentarse; está escondido; sus amigos no darán la cara, ó la darán muy tarde; y yo, en medio de mi dolor, ¿qué puedo intentar? ¿qué puedo hacer? Si todo se re-
- dujese á morir... nada os pediría, ya estaría mi hijo en libertad. He corrido á su calabozo, he dado tanto oro, que los he reducido á que me vendiesen el placer de abrazarle; le he estrechado contra mi corazón; le he hablado de mi desesperación, de mis temores... Pero ¡ah! ¡él no me ha hablado sino de vos!
 CAR. ¡Eduardo!
 MAR. Sí, señora; el ingrato, al consolarme, pensaba en vos. «Espero,—me decía,—que ignorará mi suerte, que no sabrá nada, porque felizmente será al amanecer... al rayar el día.»
 CAR. ¿El qué?
 MAR. (*Con delirio.*) ¿No os lo he dicho, señora, ó no lo habéis adivinado por mi desesperación? Dentro de poco, de aquí á algunos instantes, es cuando van á matar á mi hijo.
 CAR. ¡A matarle!
 MAR. Sí; á matarle, sí, ahí, en esa plaza; debajo de vuestros balcones le van á conducir. Entonces, en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y, desoyendo sus ruegos, he corrido aquí para deciros: «Le van á matar... amparadle...» pero vos no estabais aquí, y he esperado... ¡Ah, qué horrible suplicio! ¡Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temía abreviar! pero ya estáis aquí; ya os veo; vamos juntas á arrojarlos á los pies de vuestro padre, á los pies de la condesa; ella lo puede todo; pediremos el perdón de mi hijo.
 CAR. Os lo prometo.
 MAR. Vos le diréis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones: nunca ha pensado en conspirar, ¡él no pensaba en nada sino en amarnos!
 CAR. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mí, por salvarme moriría... ¡Oh! no; no puede ser; tranquilizaos; yo os respondo de su vida.
 MAR. ¡Es posible!
 CAR. Sí, señora, sí; una persona quedará perdida; pero no será él.
 MAR. ¿Qué queréis decir?
 CAR. ¡Nada!... ¡nada!... Volveos á vuestra casa, partid: dentro de algunos instantes obtendrá su perdón; ¡se salvará! descuidad en mi celo.
 MAR. (*Vacilando.*) Pero sin embargo...

CAR. En mi palabra... En mis juramentos.

MAR. Pero...

CAR. (*Fuera de sí.*) Pues bien, en mi ternura... ¡en mi amor! ¿Me creéis ahora?

MAR. (*Asombrada.*) ¡Cielos! Sí, señorita, sí... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando á la vidriera.*) ¡Ah!

CAR. ¿Qué tenéis?

MAR. ¡Se me figuró que amanecía! No; á Dios gracias es de noche todavía. Dios os proteja y os pague algún día lo dichosa que me hacéis; ¡adiós, adiós!.. (*Vase.*)

ESCENA IV

CAROLINA, agitada

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré á gritos que se ha acusado á sí mismo para no comprometerme, y para salvar mi reputación. Y yo... (*Deteniéndose.*) ¡Oh! ¡yo perdida! deshonorada para siempre... ¿Y qué? ¿de qué me sirve pensar en eso? es forzoso; no puedo permitir su muerte. Él por amor me daba su vida, y yo por amor le daré más todavía. (*Sentándose.*) Sí, sí; escribamos; pero, ¿á quién confiarme? á mi padre... ¡oh! no: ¿á Estruansé? menos: delante de mí ha dicho que no perdonaría jamás; pero la condesa es mujer, me comprenderá... por otra parte, yo no quería creerlo, pero sí, como dicen, es amada, ¡si ama! ¡Dios mío, haz que sea cierto! tendrá lástima de mí, y no me culpará; (*Escribiendo rápidamente*) démonos prisa; esta declaración solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia. *Carolina de Falklend...* (*Dejando caer la pluma.*) ¡Ah! mi oprobio, mi deshonor es lo que firmo: (*Plegando la carta*) no pensemos en eso, no nos acordemos de nada... los momentos son preciosos, y á estas horas... ¿de qué medio me valdré? ¡Ah! por su camarera... enviándole á Jorge, que es de toda confianza... Sí, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta á su destino.

ESCENA V

CAROLINA, FALKLEND

FAL. (*Ha oído las últimas palabras, se pone delante de ella, y le coge la carta.*) ¡Una carta! ¿para quién?

CAR. (*Con espanto.*) ¡Mi padre!

FAL. «A la señora condesa Estruansé.» Vaya, no os turbéis de esa manera; puesto que tenéis tanto interés en que esta carta llegue á manos de la condesa, yo se la entregaré... pero paréceme tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitiréis... (*Queriendo abrir la carta.*)

CAR. (*Con tono deprecatorio.*) Señor...

FAL. (*Abriendo.*) Me lo permitís... (*Leyendo.*) ¡Cielos! ¡Eduardo Burkenstaf estaba aquí por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto!

CAR. Sí, sí; ¡esa es la verdad! ¡Abrumadme con vuestro enojo! no soy culpable, ni indigna de vos; no, os lo juro; bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometeros; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenciones que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultabais, que está condenado á muerte, que, víctima de su generosidad, va á perecer por salvar mi honor; entonces he creído que comprarle á ese precio era perderle para siempre; he querido ahorrarme á mí remordimientos, á vos un crimen... ¡he escrito!

FAL. ¡Firmar una confesión de esta especie! y, por medio de este testimonio que va á hacerse, que debe ser público, ¡declarar á los ojos de la condesa, del primer ministro, de la corte entera, que la condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado expuesto ya á los tiros de la calumnia y de la sátira se va á ver abrumado ahora, y va á sucumbir bajo sus golpes! No; este escrito, padrón de nuestra infamia y de nuestra ruina, no verá la luz pública.

CAR. ¿Qué osáis decir, señor? ¡No os opondréis á esa sentencia!

FAL. No soy yo el único que la ha firmado.

CAR. Pero sí sois el único sabedor de su inocencia; si os negáis á enviar esa esquela á la condesa, corro á echarme á sus pies... Pertenezco á su casa... Sí, señor, sí, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad; yo le gritaré: «¡Perdón, señora!... ¡salvad á Eduardo, y salvad sobre todo á mi padre!»

FAL. (*Deteniéndola.*) ¡No, no iréis! no saldréis de aquí.

CAR. (*Asustada.*) ¡Espero que no trataréis de detenerme por fuerza!

FAL. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdición, y no os separaréis de mí. (*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera, y da un grito.*)

CAR. ¡Ah! ¡la aurora, la aurora! he aquí la hora de su suplicio; si os detenéis, no hay esperanza de salvarle; sólo nos quedarán

nuestros remordimientos: ¡padre mío! ¡por Dios! os lo ruego á vuestros pies: ¡mi carta!

FAL. Dejadme... levantaos.

CAR. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre, y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien vos habréis muerto, y á quien yo amo... (*Ademán de cólera de*



Falkland. Carolina se levanta rápidamente.) No; bien; no le amo ya; le olvidaré; faltaré á todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré; (*Dando un grito.*) ¡ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre á la ventana.*) ¡Soldados! ¡un preso! él es... ¡le llevan al suplicio! ¡Mi carta! ¡mi carta! presto; enviadla; acaso es tiempo todavía.

FAL. Compadezco tu locura; he aquí mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

CAR. ¡Ah! ¡esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unían

á vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré á otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedaréis sin hija.

FAL. ¡Carolina! (*Se oye ruido fuera.*)

CAR. (*Con energía.*) Oídmeme empero, oídmeme con atención: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aún para salvarle, si el cielo, la fortuna, ¿quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aquí que no habrá poder en el mun-

do, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble más fuerte y gritos en la calle; Carolina da un grito y cae sobre un sillón ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falklend va á abrir.*)

ESCENA VI

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND

- FAL. (*Asombrado.*) ¡El conde de Rantzau en mi casa á estas horas!
- CAR. (*Corriendo hacia él toda llorosa.*) ¡Ah! Señor conde, hablad, ¿es cierto?... el desdichado Eduardo...
- FAL. Silencio, Carolina.
- CAR. (*Fuera de sí.*) ¿Qué consideraciones he de tener yo ahora? Sí, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.
- RANT. (*Sonriéndose.*) Perdonad; no sois tan delincuente como creéis; Eduardo existe todavía.
- FAL. y CAR. ¡Cielos!
- CAR. ¿Y ese ruido que hemos oído?...
- RANT. Le causaban los soldados que le han salvado.
- FAL. (*Queriendo salir.*) No puede ser; y mi presencia...
- RANT. Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudía á vuestro lado, querido y antiguo colega.
- FAL. ¿Por qué razón?
- RANT. Para ofreceros á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.
- FAL. (*Estupefacto.*) ¡Vos!
- CAR. ¿Es posible?
- RANT. ¡Eso os asombra! ¿No habiéráis vos hecho otro tanto por mí?
- FAL. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... ¡Ah! ¡el barón de Geler! Y bien, amigo mío, ¿qué hay? hablad presto.

ESCENA VII

CAROLINA, RANTZAU, GELER, FALKLEND.

- GEL. ¿Qué diablos sé yo? es un desorden, una confusión. Por más que pregunto, como vos, ¿qué hay? ¿cómo se ha compuesto esto? todos me preguntan, y nadie me responde.

FAL. Pero vos estabais allí en el palacio...

GEL. Ya se ve que estaba: he abierto el baile con la condesa, y, poco tiempo después de haberse retirado su excelencia, estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distracción que no era natural; no nos miraban ya, hablábanse unos á otros en voz baja; circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos á recoger sus pieles y sus capas, y á tomar sus coches. ¿Qué es eso? ¿Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

FAL. ¡De orden del rey!... pues ¿y Estruansé?

GEL. Preso también, de vuelta del baile.

FAL. (*Con impaciencia.*) ¿Y Koller, ¡santo Dios! Koller, á quien estaba confiada la guardia?

GEL. Eso es lo más sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, ¿por quién diréis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

FAL. ¿El...? ¿Koller vendernos? Es imposible.

GEL. (*A Rant.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entretanto se dice, se repite; la guardia de palacio grita: ¡Viva el rey! el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita más fuerte todavía; las demás tropas, que habían hecho resistencia en un principio, hacen á la hora ésta causa común con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aquí, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en traje de baile.

RANT. En la actualidad menos peligroso es ese traje que el de ministro.

GEL. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mío.

RANT. Podéis ahorraros ese dinero. ¿Qué os decía yo ayer? Todavía no há veinticuatro horas, y ya no sois ministro.

GEL. ¡Señor conde!

RANT. Lo habéis sido para bailar una contradanza, y después de un trabajo de esta especie necesitaréis algún descanso; os lo ofrezco en mi casa, (*Con viveza.*) así como á todos los demás, pues es el único asilo

donde podéis estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. ¿Oís los gritos de esos furiosos? venid, señorita, venid... seguidme todos y vamos. (*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcón armados de carabinas.*)

ESCENA VIII

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER

JUAN. (*Apuntando.*) Alto ahí, excelentísimos señores; ¿adónde bueno?

CAR. (*Dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos.*) ¡Ah, señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

JUAN. ¡Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX

JUAN, RANTZAU; EDUARDO, con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de CAROLINA, FALKLEND y GELER.

ED. (*A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar en la habitación.*) Deteneos, no haya muertos, no haya sangre; caigan del poder; eso basta. (*Señalando á Carolina, Falklend y Geler.*) A costa de mi vida los defenderé; ¡yo los protejo! (*Viendo á Rantzau y corriendo á él.*) ¡Ah, mi libertador, mi Dios tutelar!

FAL. (*Admirado.*) ¡El!... ¡el conde de Rantzau!

JUAN Y SUS COMPAÑEROS (*inclinándose*). ¡El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo, es de los nuestros.

GEL. ¡Es posible!

RANT. (*A Falklend, Geler y Carolina.*) Sí, señor; amigo de todo el mundo; preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado el señor Berton Burkenstaf.

TODOS. (*Gritando.*) ¡Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X

JUAN y sus compañeros, EDUARDO; MARTA, entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza; BERTON, rodeado del pueblo; RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER. Detrás de ellos KOLLER; y en el fondo pueblo, soldados, magistrados, gentes de la corte.

MAR. (*Abrazando á Eduardo.*) ¡Mi hijo! ¡herido! ¡está herido!

ED. No, madre mía, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras el pueblo grita: ¡Viva Berton Burkenstaf!*)

BERT. Sí, amigos míos, sí; por fin hemos triun-

fado; gracias á mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido: me glorío de ello.

TODOS. ¡Viva!

BERT. (*A su mujer.*) ¿No oyes, mujer? Ha vuelto el favor.

MAR. ¿Qué me importa á mí? ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

BERT. ¡Silencio, señores, silencio! Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenía puesta en mí toda su confianza.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Tiene razón el rey! (*Señalando á su amo, que se saca de la faltriquera la orden.*) Parece que no, pero ¡qué cabeza! Ya sabía él lo que se hacía cuando tiraba el oro á manos llenas... (*Con alegría.*) Porque de veinte mil florines no le queda nada, ni un rixdaler.

BERT. (*Abriendo el pliego y haciéndole señas para que calle.*) ¡Juan!...

JUAN. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros.*) Y si la cosa hubiera salido al revés, todos hubiéramos olido á cordel, él, su hijo, su familia, y los mancebos de su tienda.

BERT. ¡Juan, silencio!

JUAN. Bien, nuestro amo. (*Gritando.*) ¡Viva Burkenstaf!

BERT. (*Con satisfacción.*) Bien está, amigos míos, bien; pero escuchad. (*Leyendo.*) «Nos Cristiano VII, rey de Dinamarca, á nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Después de haber castigado la traición, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Beltrán de Rantzau, á quien, bajo la regencia de nuestra madre la reina María Julia, nombramos nuestro primer ministro.»

RANT. (*Con aire modesto.*) ¡Yo que pretendo retirarme de los negocios!...

BERT. (*Con severidad.*) ¡Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer. Dejadme acabar, os ruego. (*Leyendo.*) «En la persona del conde Beltrán de Rantzau, á quien nombramos nuestro primer ministro, (*Con énfasis.*) y en la de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, á quien nombramos en nuestra casa real (*Bajando la voz.*) primer mercader de sedas y proveedor de la corona.»

TODOS. ¡Viva el rey!

JUAN. ¡Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

BERT. (*Haciendo un gesto.*) ¡Linda recompensa! ¡y al precio que esto me cuesta!...

JUAN. ¿Y yo, aquel destinillo que me habíais prometido?

BERT. Déjame en paz.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Qué ingratitud! yo que lo he hecho todo, ¡de esta suerte me pagan!

RANT. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obedecer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán más ligera, como lo espero, (*A los magistrados.*) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (*A Eduardo.*) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasión habéis corrido los mayores peligros, se os debe también alguna recompensa...

ED. (*Con franqueza.*) Ninguna, señor; ahora puedo decírselo, á vos solo... (*A media voz.*) jamás he conspirado.

RANT. (*Imponiéndole silencio.*) Bien, bien; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo después.

ED. (*Señalando á Carolina.*) El único premio...

CAR. ¡Eduardo!

RANT. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

BERT. (*Tristemente.*) ¡Proveedor de la corona!

MAR. Ya debes estar contento, ¿no era eso lo que deseabas?

BERT. ¡Qué diablos! ya lo era de hecho: sino que antes proveía á dos cortes, la de la reina madre y la de la condesa; y derribando á una pierdo la mitad de mi parroquia.

MAR. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido, y acaso peligrosamente, ¿y todo para qué?

BERT. (*Señalando á Rantzau y Koller.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

MAR. ¡Y luego haga usted conspiraciones!

BERT. (*Alargándole la mano.*) Se acabó; en lo sucesivo las veré pasar, ¡y lléveme el diablo si me vuelvo á meter en otra!

TODOS EL PUEBLO. (*Rodeando á Rantzau, é inclinándose delante de él.*) ¡Viva el conde de Rantzau!!!



UN DESAFIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

ISABEL HOWARD, viuda del lord tesorero conde de Salisbury
 ENRIQUE SIDNEY, conde de Warwick
 RICARDO, duque de Besford
 ROBERTO OVERBURY
 GUILLERMO DRYDEN, favorito del lord canceller duque de Buckingham
 CHESTER, señor inglés
 SALFORD, id.

BURKER, señor inglés
 WILLIAMS, secretario del conde de Warwick
 Un criado del duque de Besford
 Otro criado
 Un Ujier de la cámara del rey
 Un Gentil-hombre
 Señores y damas de la corte
 Criados del duque de Besford
 Soldados arcabuceros

El primer acto pasa en el palacio de Windsor, en Londres

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala de Windsor; puertas en el fondo; á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA

SIDNEY, sentado, con un billete en la mano; WILLIAMS, en pie delante de él.

WIL. Se me ha respondido que el lord canceller sigue malo; sin embargo, no he podido verle.

SID. Bien está.

WIL. Tres días hace ya que no se ha presenta-

do nadie de parte del rey á informarse de la salud del duque de Buckingham, y esta repentina indiferencia de Su Majestad ha chocado mucho en el palacio del lord canceller.

SID. ¿Qué importa?

WIL. Como la última entrevista del rey y de su excelencia fué muy acalorada, hay quien empieza á temer su caída, y no falta quien la atribuye al conde de Warwick.

SID. ¿A mí? Basta.

WIL. Para prevenir sin duda el golpe que le

amaga, ha entrado el lord canciller en negociaciones con la reina.

SID. ¿Con la reina?

WIL. Cuando yo entraba en el palacio de Buckingham salía de él su primera dama lady Isabel Howard, viuda del lord tesorero, conde de Salisbury.

SID. ¿Lady Howard? ¿Es posible? Déjame.

WIL. ¿El señor conde asistirá al baile de la reina?

SID. No sé: sí: no me esperes hasta muy tarde.
(*Williams sale por el fondo.*)

ESCENA II

SIDNEY

¡Isabel en el palacio del canciller! ¿Qué causa puede conducirla allí? ¿Y qué secreto puede tener que confiarme? (*Lee el billete que tiene en la mano.*) «No vayáis hoy á caza con el rey; antes de que vuelva Su Majestad vendré por la puerta secreta de la cámara de la reina.» Aun me parece que siento su mano trémula al deslizar este billete en la mía. ¡Mudar tan repentinamente Isabel, que por espacio de un año entero no ha correspondido á mi amor sino con una reserva, una seriedad calculada!... ¡Ah, acaso soy injusto con ella! ¿No he visto yo mismo, siempre que desechaba mis obsequios, agolparse las lágrimas á sus ojos? Sí, ¡me ama! Sin embargo, ningún favor suyo puede justificar en mí esta esperanza lisonjera. Pero el tiempo se pasa; el rey no puede tardar en volver. ¡Ella es!

ESCENA III

SIDNEY; LA DUQUESA, que entra por la puerta de la cámara de la reina, pálida y agitada

SID. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, miladi?

DUQ. Escuchadme, Sidney. Sin duda la amistad que profesáis á la reina, la que me profesáis á mí acaso, os ha obligado á intentar una prodigiosa competencia con Buckingham.

SID. Por vos, señora, ha sido, por vos sola. Sin vos, de buena gana abandonaría este título de favorito á cuantos le envidian. ¡Necios! Ignoran lo que es pasar la vida entera entre la intriga y la vil adulación de los cortesanos. ¡A eso llaman poder y felicidad! ¡Ah! Yo no conozco otra felicidad que la

de merecer vuestro amor, ni otra ambición que la de agradaros.

DUQ. ¡Sidney! ¿Y si viniera yo á implorar ese mismo poder que tanto os pesa? ¿Si tuviera que pedir os un favor?

SID. ¿A mí? ¡Oh! ¡No abuséis de mi credulidad!

DUQ. Sí: vengo á implorar vuestra compasión. Sabed que esta mañana el duque de Besford ha tenido la desgracia de matar en duelo á sir Lexter, el sobrino de Buckingham. Bien sabéis cuán terribles son las leyes sobre los desafíos desde que se hicieron tan comunes en el reinado de Isabel; y sabéis que Buckingham es inexorable; vos lo podéis todo en el ánimo del rey; pedidle que se ahogue este asunto; pedidle prórrogas á lo menos para que Besford pueda huir y librarse de sus perseguidores; en fin, Sidney, ¡salvadle, salvadle!

SID. Es la reina, señora, quien toma un interés tan grande por el duque de Besford, ó sois?... Perdonadme; pero esa turbación, ese dolor... mis temores son injustos sin duda alguna.

DUQ. Milord Sidney, vos poseéis mi amistad; pero mi corazón debe cerrarse para cualquier otro sentimiento: mi deber me lo prescribe.

SID. ¿Vuestro deber? Sois viuda, y yo os creía dueña de vuestra mano. ¡Ah! No sois ingenua. Más hubiera valido confesarme que tenía un rival, y un rival preferido, que no fingir participar de unos sentimientos que no experimentáis.

DUQ. ¡Ah, conde, con cuánta dureza me echáis en cara el interés que os he manifestado! Ved aquí nuestra suerte, infelices mujeres; os apoderáis de una palabra, sorprendéis una mirada, dais tormento á nuestras ideas, interpretáis nuestros sentimientos, y después os creéis con derecho para reconvenirnos. Cuando estáis seguros de haber leído en nuestro corazón, cuando la menor conmoción nos vende, ¡oh! entonces os lisonjeáis de haber conquistado una declaración, en la cual suele no haber tenido parte alguna nuestra voluntad, sin dárseos mucho de que pueda ofender nuestra buena fama, sin averiguar siquiera si nos hemos hecho semejante confesión á nosotros mismos.

SID. ¿Consideráis como ultraje el ofrecimiento de mi mano?

- DUQ. ¡Ah! Conde, ¿sabéis vos por ventura si la mía es libre?
- SID. ¿Qué decís?
- DUQ. ¿Sabéis si acaso soy yo culpable dando oídos á vuestras galanterías? ¿Sabéis si tiene por ventura el duque de Besford un derecho á todos mis pensamientos?
- SID. ¿Derecho?... ¡Ah! sí... los juramentos que le habéis prestado...
- DUQ. Son sagrados, conde; es mi esposo. Dos años hace ya que estamos casados en secreto.
- SID. (*Abrumado.*) ¡Casada!
- DUQ. Después de la muerte de milord Salisbury, yo me negué al principio á contraer nuevos esponsales, pero mi familia lo exigió y fué preciso ceder. El duque de Besford ha ocultado hasta el día esta boda por temor del canciller, que quería á todo trance casarme con su sobrino, ese mismo sir Lexter que ha perecido esta mañana en ese funesto duelo á manos de mi esposo.
- SID. ¡Casada!
- DUQ. Ahora bien, conde, ¿os admiráis todavía de mi dolor? ¿Os negaréis á servirme?
- SID. No, miladi, no. Una sola palabra ha destruído todas mis esperanzas; sin embargo, no temáis, yo sabré sofocar mi dolor dentro del pecho. Pero, ¿de qué manera puedo seros útil en este momento? Milord Ricardo, duque de Besford, acaba de ser arrestado.
- DUQ. ¡Arrestado! ¡ah! El canciller me lo ha ocultado. Al rehusarme la gracia que le pedí, ya sabría que no se le podía escapar su víctima. ¡No hay esperanza ya! ¡Dios mío!
- SID. ¿No estoy yo aquí, miladi? ¿No habéis contado conmigo? (*Se oye una trompeta venatoria.*) El rey entra en palacio; voy á arrojarme á sus pies. Dios me dará fuerzas para ablandar su corazón. Pedirle la impunidad para el duque de Besford es lo mismo que pedirle la separación de Buckingham. Muchos lo han intentado que se creían como yo en vísperas de triunfar; todos lo han pagado con su cabeza. ¡Oh! no: esto no me espanta; os he sacrificado mi tranquilidad y mi bienestar; también os sabré sacrificar mi vida. ¿Qué me importa? Adiós, miladi. (*Hace ademán de entrar en la cámara.*)
- DUQ. Conde de Warwick, no os separéis de mí

de esa manera; no me dejéis con la horrible idea de que yo puedo ser causa de vuestra perdición. Vuestras expresiones, vuestras miradas me agobian. ¿Qué queréis que os diga? Mi esposo es á quien pueden conducir á un cadalso; mi esposo: al pedir os su perdón no hago sino cumplir con el más sagrado de todos los deberes.

- SID. Sí, miladi. ¿Quién osaría reconveniros? Además, ¿no es él quien ha tenido la dicha de agradaros?
- DUQ. Sí, conde, sí.
- SID. ¿No es él que habéis preferido á los demás?
- DUQ. (*Casi involuntariamente.*) Vos no estabais entonces en la corte.
- SID. ¡Ah, miladi, cuánta falta me hacía oír esa expresión!
- DUQ. (*Con viveza.*) No he dicho nada que os autorice á pensar...
- SID. ¡Oh, tranquilizaos! Vuestras palabras quedan grabadas aquí, aquí, en mi corazón: nunca saldrán de aquí. Esperad en esta pieza. Adiós, miladi. (*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA IV

LA DUQUESA

No he sabido guardar mi secreto, ¡desgraciada! ¿Me atreveré de aquí en adelante á ponerme en su presencia? ¡Ah! Su corazón es generoso, es noble, y no abusará de una confesión arrancada á mi flaqueza, y que jamás confirmaré con la menor lisonjera esperanza. Recibiré sus obsequios con más reserva y frialdad que nunca; huiré, si fuese preciso, de su presencia. ¡Infeliz! Morirá, morirá de pena. Me ama con toda su alma, y yo... ¡ah! ¡un amor como el suyo hubiera hecho la felicidad de toda mi vida! (*Escuchando junto á la cámara del rey.*) Nada oigo. ¿Triunfará? ¡Si su plan se malograra! Si se perdiera por mí... No sería la primera vez que Jacobo hubiese entregado á su canciller la cabeza de un favorito. ¡Ah! yo hubiera debido no exponer á nadie; hubiera debido arrojarme yo misma á los pies del rey. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me ha parecido oír... no. ¡Y esa función, ese baile que debe tardar tan poco en empezar!

ESCENA V

LA DUQUESA; DRYDEN, SALFORD, que entran
por el fondo

DRY. (*A Salford.*) Muy temprano llegamos, Salford. ¡Ah! perdonad, hermosa ladi, no os había visto. Estábamos muy lejos de creernos tan felices; pero supuesto que os hemos encontrado los primeros, podemos jactarnos con razón de ser los más felices de todos los gentlemens que han de asistir al baile de la reina.

SALF. Y eso que asistirá toda la nobleza de Inglaterra. Un baile en palacio es un acontecimiento, es casi un prodigio.

DUQ. En efecto.

DRY. Dicen que el rey asistirá en persona.

DUQ. No sé... sí... lo ha prometido.

SALF. Eso da cierto aire de alegría á esta pobre corte, tan triste desde que está al frente de los negocios el canciller.

DRY. Era preciso que enfermase todo un canciller para que nos divirtiésemos.

DUQ. (Nada oigo todavía, nada.)

SALF. Por San Jorge, creí que viniera el canciller á aguar nuestros placeres, porque acabo de ver entrar en la cámara del rey á un oficial de sus guardias. Debe traer algún mensaje de importancia.

DUQ. (¡Cielos! ¡Todo se acabó!)

SALF. Felizmente nuestra presencia y esos preparativos nos tranquilizan. (*Se oye una campanilla tocada con violencia en la cámara del rey.*)

DUQ. Ha llamado.

DRY. ¿Parecéis estar indispuesta, miladi?

SALF. En efecto; no habíamos notado hasta ahora esa agitación.

DUQ. No es nada; no es más que una ligera indisposición: el cansancio acaso producido por los preparativos de esta función. ¡Esta idea ha sido tan repentina! La reina no ha pensado más que en el placer del baile.

DRY. Y ha descansado en vos acerca de la ejecución.

DUQ. Cierto, cierto, eso ha sido; pero nada se olvidará, lo espero; desempeñaré mis funciones del mejor modo posible.

ESCENA VI

Dichos; UN UJIER, saliendo de la cámara del rey

UJIER. (*Con una carta en la mano.*) A miladi, condesa viuda de Salisbury, del rey. (*Entrega el pliego y sale.*)

DUQ. (*Abriendo precipitadamente el pliego.*) (¡El perdón! ¡Ah, Sidney! todo os lo debo á vos.)

DRY. (*Bajo á Salford.*) ¿Qué quiere decir eso? (*Alto.*) ¿Cómo, miladi, os ausentáis en ese estado? Permitidme que llame á alguno.

DUQ. No, no: es inútil; me siento del todo buena ahora; del todo, os lo aseguro. Dentro de poco nos veremos en el baile; espero pareceros allí más amable. Caballero Dryden, cuento con vos para el primer minué. Adiós, señores, adiós, hasta luego.

ESCENA VII

Dichos, menos LA DUQUESA

DRY. ¿Qué os parece esta repentina mudanza?

SALF. A fe mía, lo mismo que os parece á vos. Alguna intriga se trama contra el canciller, y este baile tan inesperado tiene todas las trazas de una celebración de su caída.

DRY. Si llega á caer, no me costará trabajo adivinar quién cogerá las riendas del poder.

SALF. Mal trance sería ese para vos, á quien su excelencia acaba de nombrar capitán de sus guardias.

ESCENA VIII

CHESTER, DRYDEN, SALFORD, señores ingleses

CHES. Buenos días, Dryden. ¿Qué se dice de nuevo en el palacio del canciller?

DRY. Nada de particular. Vos que sois un esgrimidor, Chester, podíais instruirme en los pormenores del duelo de esta mañana entre el duque de Besford y sir Lexter. Según parece, la cosa se hizo en regla, y Lexter se ha hecho con una soberbia estocada. ¿Ha muerto?

CHES. Poco menos; y su médico se ha encargado de concluir con él.

DRY. ¿Y Burleig, su padrino, no le ha vengado? Es un excelente tirador.

CHES. Burleig se las había con otro más fuerte que él, con el joven jurisconsulto Roberto Overbury, que de un botonazo le ha dejado muerto en el sitio. El partido de Besford ha llevado lo mejor. Ha sido un triunfo completo.

SALF. ¡El joven jurisconsulto Roberto Overbury! ¿Sabéis que es el diablo ese jurisconsulto? Apenas tiene bozo, y he aquí ya el tercer desafío que ha tenido en este mes.